

III

TO BE OR NOT TO BE.

Precisamente esa faz de su vida intelectual fué la que asoció tan íntimamente á los seres.

Feliz de existir, en lo flor de su primavera, abriéndose á la luz de la vida, harpa vibrante con todas las armonías de la Naturaleza, la hermosa hija del Norte soñaba todavía, en ocasiones, con los elfos y con las hadas de su clima, con los ángeles y con los misterios de la religión cristiana que mecieron su cuna; sus creencias de los primeros días no obscurecieron la razón; pensaba libremente, buscaba sinceramente la verdad, y dolíendose de no creer ya en el paraíso de los predi-

cadores, se sentía animada del imperioso deseo de vivir siempre. Vea en la muerte una cruel injusticia. No veía de nuevo á su madre tendida en el lecho de muerte, bella con el esplendor de sus treinta años, arrebatada en plena florescencia de rosas á un cementerio risueño y perfumado, lleno de cantar de pájaros: borrada súbitamente del libro de los vivos en tanto que la Naturaleza continuaba cantando, floreciendo, brillando; jamás veía de nuevo, digo, el pálido rostro de su madre, sin que un calosfío repentino la recorriese toda, de la cabeza á los pies. Nó, su madre no había muerto. Nó, ella tampoco moriría, ni á los treinta años, ni más tarde. ¡Y él! ¡Morir él! ¿Desaparecer esa sublime inteligencia por que el corazón cesara de latir? Nó: eso no era posible. Los hombres se engañan. Algún día se sabrá.

A veces también, pensaba en esos misterios bajo una forma más bien artística y sentimental que científica; pero pensaba en ellos

Sus preguntas, sus dudas, el fin secreto de sus conversaciones, de su adhesión tan rápida, todo tenía por causa la inmensa sed de saber que había en su alma. Esperaba en él por que encontró en sus escritos la solución

de los mayores problemas; en sus escritos que la enseñaron á conocer el Universo, y este conocimiento era para ella más hermoso, más vivo, más grande, más poético, que los errores y las ilusiones de otros tiempos.

Desde el día en que ella supo de labios de Spero que su vida no tenía más objeto que buscar la realidad, quedó segura de que la encontraría y su pensamiento se afianzó, se ligó al suyo quizá más enérgicamente que su corazón.

Hacia ya tres meses que vivían así en una vida intelectual común, pasando casi todos los días algunas horas en la lectura de las memorias originales, escritas en diferentes idiomas, sobre la Filosofía científica, la Teoría de los átomos, la Física molecular, la Química orgánica, la Termodinámica, y las diversas ciencias que tienen por fin el conocimiento del sér; disertando acerca de las contradicciones aparentes ó reales de las hipótesis; encontrando en los escritores puramente literarios, relaciones y coincidencias, muy sorprendentes, con los axiomas científicos; y asombrándose de ciertas presciencias de los grandes autores.

Esas lecturas, esas pesquisas, esas com-

paraciones les interesaban, sobre todo por la eliminación que sus inteligencias, más y más ilustradas se veían inducidas á hacer, de los nueve dècimos de los escritores cuyas obras están absolutamente vacías, y de la mitad del dècimo final, cuyos escritos sólo valen superficialmente.

Así barrido el campo de la literatura, vivían, con cierta satisfacción, en la restringida compañía de los talentos superiores. Quizá en esto entraba un poco de orgullo.

Un día Spero llegó más temprano que de costumbre. ¡Eureka! exclamó; pero recobrándose inmediatamente: *Quizá...*

Apoyándose en la chimenea donde chispeaba un fuego ardiente, mientras que su compañera le contemplaba con sus grandes ojos llenos de curiosidad, púsose á hablar con una especie de solemnidad inconsciente, como si, en la soledad de un bosque, hubiese hablado con su propio espíritu:



“Todo lo que vemos es sólo apariencia.
Otra es la realidad.”

"El Sol parece girar al rededor de nosotros, levantarse en la mañana, ponerse en la noche, y la Tierra en que estamos parece inmóvil. Lo contrario es lo cierto. Habitamos en torno de un proyectil lanzado en el espacio con una velocidad setenta y cinco veces más rápida que la que lleva una bala de cañón.

"Un armonioso concierto viene á encantar nuestros oídos. El sonido no existe, no es más que una impresión de nuestros sentidos, producida por vibraciones del aire de cierta amplitud y de cierta velocidad, vibraciones silenciosas por sí mismas. Sin el nervio auditivo y sin el cerebro, no habría sonidos. En realidad no hay sino movimiento.

"El arco iris tiende su círculo radioso, la rosa mojada por la lluvia cintila al Sol, la pradera verde, el surco de oro, diversifican la planicie con sus brillantes colores. No hay colores, no hay luz, no hay más que ondulaciones de éter que ponen en vibración al nervio óptico. Apariencias engañosas. El Sol calienta y fecunda, el fuego que ma: no hay calor sino únicamente sensaciones. El calor como la luz no es más que un

modo de movimiento. Movimientos invisibles, pero soberanos, supremos.



"Es esta una vigueta de hierro de las que tan generalmente se emplean hoy en las construcciones. Está colocada en el vacío, á diez metros de altura, sobre dos muros en los cuales se apoyan las dos extremidades. Es, en verdad, *sólida*. En su parte media se sitúa un peso de mil, dos mil, diez mil kilogramos y este peso enorme no lo siente; apenas si se puede comprobar con el nivel una flexión imperceptible. Sin embargo, esta vigueta está formada por moléculas que no se tocan, que están en vibración perpetua, que se apartan unas de otras bajo la influencia del frío. Dí ¿qué constituye la solidez de esta barra de hierro? ¿Sus átomos materiales? Nó, seguramente, puesto que no se tocan. Esta solidez reside en la atracción molecular, es decir, en una fuerza inmaterial.

"Absolutamente hablando, lo sólido no existe. Tomemos una pesada bala de hierro,

está compuesta de moléculas invisibles que no se tocan, las cuales moléculas están formadas por átomos que tampoco se tocan. La continuidad que parece tener la superficie de esta bala y su solidez aparente son, pues, puras ilusiones. Para el espíritu que analizara su estructura íntima, es un torbellino de moscas que recuerda las que revolotean en los días de verano. Ahora, calentemos la bala que nos parece sólida, se fundirá; calentémosla más, se evaporará, sin que por esto cambie de naturaleza: líquido ó gas, siempre será hierro.

“Estamos ahora en una casa. Todas estas paredes, estos pisos, estas alfombras, estos muebles, esta chimenea de mármol, están compuestos de moléculas que no se tocan; y todas estas moléculas que constituyen los cuerpos están en movimiento de circulación unas en torno de otras.

“En el mismo caso está nuestro cuerpo. Le forma una circulación perpetua de moléculas; es una llama que incesantemente se consume y se renueva; es un río al borde del cual viene uno á sentarse y cree ver la misma agua; pero en el que el curso perpetuo de las cosas trae siempre nueva agua.

“Cada glóbulo de nuestra sangre es un

mundo, y tenemos cinco millones por milímetro cúbico. Sucesivamente, sin detención ni tregua, en nuestras arterias, en nuestras venas, en nuestra carne, en nuestro cerebro, todo circula, todo marcha, todo se precipita en un torbellino vital proporcionalmente tan rápido como el de los cuerpos celestes. Molécula por molécula, nuestro cerebro, nuestro cráneo, nuestros ojos, nuestros nervios, nuestra carne, todo se renueva sin detención y tan rápidamente que en algunos meses nuestro cuerpo se reconstituye por completo.



“Por consideraciones fundadas en la atracción molecular, se ha calculado que, en una minúscula gota de agua proyectada con la punta de un alfiler, gota invisible á la simple vista y que mide un milésimo de milímetro cúbico, hay más de doscientos veinte y cinco millones de moléculas.

“En una cabeza de alfiler, no hay menos de ocho sextillones de átomos, ó sea ocho mil millares de millones de millares de millones,

y estos átomos están separados unos de otros por distancias considerablemente más grandes que sus dimensiones y estas dimensiones se reducen desde luego á lo insignificante pequeño. Si se quisiera contar el número de estos átomos contenidos en una cabeza de alfiler, y desprendiendo con el pensamiento un millar de millón, sería necesario continuar esta operación durante cincuenta y tres mil años para acabar la enumeración.

En una gota de agua, en una cabeza de alfiler, hay incomparablemente más átomos que estrellas en todo el cielo conocido por los astrónomos armados con los más poderosos telescopios.



“¿Quién sostiene á la Tierra en el vacío eterno, al Sol y á todos los astros del Universo? ¿Quién sostiene esta larga viga de hierro tendida entre dos muros y sobre la que habrán de levantarse varios pisos? ¿Quién sostiene la forma de todos los cuerpos? La Fuerza:

“El Universo, las cosas y los seres, todo lo que vemos, está formado de átomos invisibles é imponderables. El Universo es un dinamismo. Dios es el alma universal: *in eo vivimus, movemur et sumus.*

“Como el alma es la fuerza que mueve al cuerpo, el Sér infinito es la fuerza que mueve al Universo! La teoría puramente mecánica del Universo queda incompleta para el analista que va al fondo de las cosas. La *voluntad* humana es débil, en verdad, junto de las fuerzas cósmicas; sin embargo, si envío un tren de París á Marsella, ó un buque de Marsella á Stuez, desalojo libremente una parte infinitesimal de la masa terrestre y modifico el curso de la Luna. Ciegos del siglo XIX, vuelvan al cisne de Mantua: *Mens agitat molem.*

“Si diseco la materia, encuentro en el fondo de todo el átomo invisible: la materia desaparece, se desvanece como humo. Si mis ojos tuvieran el poder de mirar la realidad, percibirían á través de las paredes, formadas de moléculas separadas, á través de los cuerpos, torbellinos atómicos. Nuestros ojos de carne no ven lo que es. Es preciso ver con los ojos del espíritu.

“No hay en la Naturaleza ni Astronomía

ni Física, ni Química, ni Mecánica: estos son métodos subjetivos de observación. No hay más que una sola unidad. Lo infinitamente grande es idéntico á lo infinitamente pequeño. El espacio es infinito sin ser grande. La duración es eterna sin ser larga. Estrellas y átomos son uno.



“La unidad del Universo está constituida por la fuerza invisible, imponderable, inmaterial, que mueve los átomos. Si un sólo átomo cesara de ser movido por la Fuerza, el Universo se detendría. La Tierra gira alrededor del Sol, el Sol gravita en torno de un foco sideral que á su vez es móvil; los millones, los millares de millones de soles que pueblan el Universo corren más pronto que los proyectiles disparados por la pólvora; esas estrellas que nos parecen inmóviles, son soles lanzados en el vacío eterno con la velocidad de diez, veinte, treinta kilómetros por día, que corren hacia un fin ignorado, soles, planetas, tierras, satélites, cometas vagabundos.... El punto

fijo, el centro de gravedad buscado por el analizador huye á medida que se le persigue y, en realidad, no existe en parte alguna. Los átomos que constituyen los cuerpos se mueven relativamente tan pronto como las estrellas en el cielo. El movimiento rige todo, forma todo.

“El átomo mismo no es una materia inerte. Es centro de fuerza.

Lo que constituye esencialmente el sér humano, lo que le organiza, no es su substancia material, el protoplasma, ni la célula, ni las maravillosas y fecundas asociaciones del carbono con el hidrógeno, el oxígeno y el ázoe, sino la Fuerza animica, invisible, inmaterial. Ella es la que agrupa y retiene asociadas las innumerables moléculas que componen la admirable armonía del cuerpo vivo.

“Jamás se vió que estuvieran separadas una de otra, la Materia y la Energía; la existencia de la una implica la existencia de la otra: hay quizá identidad substancial en una y en otra.

“Que el cuerpo se desagregue repentinamente después de la muerte, como se desagrega lentamente y se renueva perpetuamente durante la vida, poco importa. Queda el

alma. *El átomo cerebral organizador es el centro de esta fuerza. El también es indestricible.*

"Lo que vemos es engañoso. Lo real es lo invisible."



Comenzó á caminar á grandes pasos.

La joven le habia escuchado como se escucha á un apóstol, á un apóstol amado, y aunque de hecho el no habló más que para ella, no pareció tener en cuenta su presencia: tan inmóvil y callada permaneció Iclea.

Acercóse á él y le tomó una mano entre las suyas:

—¡Oh! dijo. Si aun no conquistas la Verdad, no habrá de escapársete.

Y enardeciéndose y haciendo alusión á una reserva á que frecuentemente aludia él, agregó:

—Tú crees imposible para el hombre terrestre llegar á la Verdad, porque no tiene más que cinco sentidos y porque una multitud de manifestaciones, careciendo de vía para llegar hasta él, quedan extrañas á su espíritu.

Así como careceríamos de vista si estuviéramos privados de nervio óptico, de audición si de nervio acústico, etc., así también quedan desconocidas para nosotros las vibraciones, los movimientos invisibles; las manifestaciones de la Fuerza que pasan por entre las cuerdas de nuestro instrumento orgánico sin hacer vibrar las que existen. Te concedo y admito contigo que los habitantes de ciertos mundos pueden estar incomparablemente más adelantados que nosotros; pero me parece que aunque habitante de la Tierra, tú has encontrado.

—Amada mía, repuso él sentándose junto á ella en el vasto diván de la biblioteca; es muy cierto que á nuestra harpa le faltan cuerdas y es probable que un ciudadano del sistema de Sirio se ría de nuestras pretensiones. El menor fragmento de hierro imantado es más capaz que Newton y Leibnitz de encontrar el polo magnético, y la golondrina sabe mejor que Cristóbal Colón y Magallanes las variaciones de latitud. ¿Qué dije hace un momento? Que las apariencias engañan y que nuestro espíritu debe ver á través de la materia, la fuerza invisible. Esto es lo más seguro. La materia no es lo que parece, y ningún

hombre instruido en los progresos de las ciencias positivas podrá hoy denominarse materialista.

—Entonces, contestó, el "átomo cerebral, principio del organismo humano, será inmortal como todos los átomos si se admiten las aseveraciones fundamentales de la Química; pero difiere de los demás porque estándole adherida el alma, tiene como un rango más elevado. ¿Conservará la conciencia de su existencia? ¿Podrá compararse el alma á una substancia eléctrica? Ví una vez a un rayo atravesar un salón y apagar las lámparas. Cuando se encendieron de nuevo las luces se advirtió que el reló estaba desdorado y que la araña de plata había sido dorada en algunos puntos. Esa es una fuerza muy sutil.

—No hagamos comparaciones; quedaría muy lejos de la realidad. Es indudable que el alma existe como fuerza; podemos admitir que forma un conjunto con el átomo cerebral organizador; y concebimos que así sobrevivirán á la disolución del cuerpo.

—Pero ¿qué es de ella? ¿á dónde va?

—La mayor parte de las almas ni aun dudan de su propia existencia. De los mil cuatrocientos millones de seres humanos que

pueblan nuestro planeta, los noventa y nueve centésimos no piensan en ella. ¿Qué harían ¡gran Dios! de la inmortalidad! Como la molécula de hierro flota, sin saberlo, en la sangre que late bajo la sien de Lamartine ó de Hugo, ó se fija por algún tiempo en la espada de César; como la molécula de hidrógeno brilla en el mechero de gas del salón de la Opera ó se inmerge en la gota de agua que absorbe el pez el fondo de los mares, duermen los átomos vivos que jamás pensaron. Las almas que piensan quedan patrimonio de la vida intelectual. Conserván el tesoro de la humanidad y le acrecen para el porvenir. Sin esta inmortalidad de las almas humanas que tienen conciencia de que existen y viven para el espíritu, la historia de la Tierra concluiría en la nada y la creación entera, la de los mundos más sublimes y la de nuestro ínfimo planeta, sería un decepcionador absurdo, más miserable y más idiota que la deyección de un gusano. ¿Tiene él su razón de ser y no había de tenerla el Universo! ¿Crees que los millares de millones de mundos que llegan á los esplendores de la vida y del pensamiento para sucederse sin término en la historia del Universo sideral no concluyen sino dando nacimientos á

esperanzas perpetuamente deshechas, á grandezas perpetuamente arruinadas, á seres pensadores perpetuamente destruidos? Por más que la demos de humildes, no podemos admitirla na la como final supremo del progreso perpetuo probado por toda la historia de la Naturaleza. Ahora bien, las almas son las semillas de las humanidades planetarias.

—¿Pueden, entonces, transportarse de un mundo á otro?

—Na la es tan difícil de comprender como lo que se ignora, nada es más sencillo que lo que se conoce. ¿Quién se asombra hoy de ver que el telégrafo eléctrico transporta instantáneamente el pensamiento humano á través de los continentes y de los mares? ¿Quién se asombra si ve que la atracción lunar alza las aguas del Océano y produce las mareas? ¿Quién se asombra de que la luz se transmita de una estrella á otra con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo? Más aún, los pensadores son los únicos que saben apreciar la magnitud de estas maravillas; el vulgo de nada se asombra. Si algún descubrimiento nuevo nos permitiera mañana dirigir señales á los habitantes de Marte y recibir las respuestas, pasado mañana no se sorprende-

rían ya las tres cuartas partes de los humanos. Sí, las fuerzas anímicas pueden transportarse de un mundo á otro; no, seguramente, por todas partes ni siempre, y no todas. Hay leyes y condiciones. Mi voluntad puede levantar un brazo y lanzar una piedra, por medio de mis músculos; si tomo un peso de veinte kilos, levantará aún mi brazo; si quiero tomar un peso de mil, ya no podrá levantarlo. Hay espíritus incapaces de cualquiera actividad; otros han adquirido facultades transcendentales. Mozart á los seis años imponía á cuantos le escuchaban el poder de su genio musical, y á los ocho publicaba sus dos primeras obras de sonatas; en tanto que el autor dramático más grande que hubo nunca, Shakespeare, á los treinta años todavía no había escrito una pieza digna de su nombre. No hay que creer que el alma pertenezca á algún mundo sobrenatural. Todo está en la Naturaleza. No hace cien mil años que la humanidad terrestre se desprendió de la crisálida animal; durante millones de años, durante la serie histórica de los períodos primario, secundario y terciario, no había en la tierra un solo pensamiento para apreciar esos grandiosos espectáculos, una sola mirada humana para contemplarlos. E

progresó elevó lentamente las almas inferiores de las plantas y de los animales; el hombre es muy reciente en el planeta. La naturaleza está en progreso incesante; el Universo es un perpetuo llegar á ser; la ascensión es la ley suprema. No todos los mundos están habitados ahora. Unos están en su aurora, otros en su tarde. En nuestro sistema solar, por ejemplo, Marte, Venus, Saturno y varios satélites suyos, parecen hallarse en plena actividad vital; Júpiter parece no haber salido de su período primario; la Luna quizá no tiene habitantes. Nuestra época actual no tiene más importancia en la historia general del Universo que nuestro hormiguero en lo infinito. Antes de la existencia de la Tierra, hubo, desde toda la eternidad, mundos poblados de humanidades; cuando nuestro planeta haya exhalado su último suspiro y cuando la última familia humana duerma su sueño final á orillas del último lagunato del océano helado, soles innumerables brillarán todavía en el infinito, y habrá siempre mañanas y noches, flores y primaveras, alegrías y esperanzas. Otros soles otras tierras, otras humanidades. El espacio sin límites está poblado de sepulcros y cunas: pero la vida, el pensamiento, el progreso eter-

no son el objeto final de la creación. La Tierra es satélite de una estrella, Ahora como en lo porvenir somos habitantes del cielo. Sepámoslo ó ignorémoslo, vivimos realmente en las estrellas.

Tal hablaban los dos amigos acerca de los graves problemas que les preocupaban. Cuando conquistaban una solución, así fuese incompleta, experimentaban una verdadera felicidad por haber dado un paso más en la investigación de lo desconocido, y podían en seguida conversar con más tranquilidad de las cosas habituales de la vida.

Eran dos espíritus igualmente ávidos de saber, que imagnaban con todo el poder de la juventud, poder aislarse del mundo, dominar las impresiones humanas y subir en volar celeste hasta la estrella de la Verdad que arriba de sus cabezas, centelleaba en las profundidades del infinito.